

El diario

Marco

Image not found.

Capítulo 1

La vida es fugaz: cuando menos te has dado cuenta ya no estás con quien más quieres, con quienes más deseas ni con los que te hacen la vida un poco menos miserable de lo que ya, de por sí, es.

Capítulo 2

Yo escritor

No aspiro a ser un gran escritor. Escribo por placer y sólo eso. Sostengo la idea de que para llegar a ser un avezado escritor, se debe consolidar primero una rutina que permita mejorar las habilidades de quien escribe. Yo no poseo ninguna rutina y ni la quiero poseer, tal acto me parecería un atentado al noble goce de ejercer la escritura y desde mi punto de vista acabaría con su encanto. Puede ser que esa sea una manera de esconder mi mediocridad ya que estoy reñido con todo tipo de orden u obligación, pero esa ha sido y será, al menos por este tiempo, mi manera de emplear la escritura. Esto, a largo plazo, no funciona y la mayor prueba de lo que digo, tal vez sean los dos intentos de relatos cortos que tengo escritos en Megustaescribir: La cena y Lucía. He tratado de guiarme por simple inspiración para completar mis relatos y no he podido. La inconsistencia y la falta de claridad hacen que no pueda persistir al escribir y que arroje las ideas al basurero. La vida me demuestra una vez más que es necesario aquello que más aborrezco: la rutina, que lleva a la especialización. Tal vez, al final de todo, eso sea lo que me lleve al fracaso, el rechazo a la rutina, pero ¿hay algo malo, realmente, en ser un fracasado? No lo sé. Tal vez no sea tan catastrófico como se piensa. Al rato y no sea tan terrible ser un simple escritor.

Capítulo 3

La soledad

La soledad es la mejor amiga en momentos de nostalgia y tristeza. No es traicionera y no esconde secretos. Te acompaña, te aconseja y te escucha. O al menos, lo hace mucho mejor que aquellos a los que no quieres volver a ver, que dijeron quererte y ahora sólo evocan un triste y raquítico recuerdo: maldita la hora en la que los conociste, perdido el tiempo que les dedicaste, arrojadas al abismo las fantasías que creaste.

Capítulo 4

Linda noche

Cuando entré a la universidad, hace unos meses, me distancié un poco de mis amigos. No fue un distanciamiento con el que estuve de acuerdo. Al principio, me opuse tenazmente a irme hasta la capital para continuar con mis estudios. Afortunadamente, sabios mis padres, me convencieron y partí muy pronto a la ciudad. Me puse a pensar, pensar y pensar. Me tenía que hacer a la idea de que, una vez lejos de mi pueblito, muy probablemente mis amigos, mi pareja y demás personas a las que había conocido y tenido cariño por largos años, me iban a olvidar. Eso era inevitable.

Días antes de mi partida, mis compañeros me enviaron un mensaje, en donde me decían que tenía que ir a la casa de Juan Carlos, que era urgente que llegara:

-Salgo en camino.

Asustado. Pensando lo peor, pedí inmediatamente un taxi. Llevé unos cuantos dólares, me vestí rápidamente, e incluso me olvidé de mi teléfono en la mesa de la sala.

Al llegar al frente de la casa, el chofer me cobró unos tres dólares. El precio me pareció justo. Le di diez y le dije que se quedara con el cambio, que estaba muy apresurado. El chofer me agradeció. Cuando llegué a la puerta, mis compañeros me sorprendieron:

-¡Sorpresa!

Me habían preparado una fiesta. *La última reunión* la llamaban ellos. Ahí se encontraban: Paula, Juan José, Gustavo y Claudia. Había alcohol, demasiado diría yo. También una muy rica parrillada. Festejamos por largo rato. Bailamos y nos embriagamos.

-Toma te hice un regalo.

-¿Un regalo?

-Escucha bien, quiero que lo abras cuando estés en casa, no antes.

-Me opongo

-¿Qué has dicho? -dijo en voz baja, mientras fruncía el ceño.

-Lo que escuchaste. Lo siento, pero muero de curiosidad.

Abrí el regalo, y dentro de la caja había un libro con una linda dedicatoria: no sabes lo mucho que he disfrutado estar contigo. Gracias por los lindos momentos que me regalaste. Jamás te olvidaré.

La dedicatoria me conmovió. Si bien fue breve, decía todo lo que quería saber.

-No sé qué decir Claudia. Me ha encantado.

-Animal, te dije que la abrieras en casa. Nunca aprendes.

La tomé de las manos y nos abrazamos.

-No sabes lo mucho que te voy a extrañar.

-Yo también te voy a extrañar, no sabes.

Horas después y más borracho que nunca, reuní a todos los que se encontraban en la casa. Me parece que incluso llamé a gritos a los padres de mi amigo:

-En mi vida, he fracasado en reiteradas ocasiones: mi fracaso como estudiante, mi fracaso como amigo y mi rotundo fracaso como amante. Desde que comencé a estudiar he sido un mediocre. He sido así siempre. Toda mi vida me la he pasado escapando de las clases. Burlándome de profesores, haciéndoles la vida imposible. No me daba cuenta que el único perjudicado, en realidad, era yo. No hacía las proyectos como debían ser y cuando tenía que aceptar mis responsabilidades, como hombre adulto en el que ya me había convertido, con total cinismo, huía de ellas. Incluso, llegué a rechazar oportunidades para estudiar en el extranjero. Como amigo, la cosa no iba mejor. Jamás les presté demasiado atención. Las veces en las que ellos necesitaron de mí, el apoyo y el compañerismo incondicionales, me aparté y me pareció un fastidio. Me duele porque ellos, y ustedes, siempre han estado ahí para mí, y yo nunca he estado ahí para ustedes. Sólo hasta ahora me doy cuenta de mi grave error. Les pido perdón, eso es algo no me perdono hasta ahora. En lo que respecta a mi vida sentimental amorosa, la chicas que tuvieron el mal gusto de quererme, aquellas que, a pesar de saber lo ingrato y mezquino que puedo llegar a ser, decidieron compartir algo de sus vidas conmigo. A ellas, no las traté como se merecían. No repararé en detalles, que me muero de vergüenza. Lo que sí puedo decir, es que algunas noches, cuando me encuentro solo, me arrepiento por cómo me he comportado.

Al terminar, vi en los rostros de mis amigos, caer lágrimas. No pude evitar sentir nostalgia: darme cuenta que, aunque no he sido una buena persona, hay gente que aun me quiere y que ese cariño se hace visible

cada vez que vuelvo a ver sus rostros.

Nos despedimos. Les agradecí montones por lo mucho que había disfrutado aquella noche. Les dije que jamás olvidaría lo geniales que habían sido conmigo.

-Cuando llegues a casa, me pones un mensaje. Tenemos que hablar - me susurró Claudia.

Feliz y emocionado, salí a la calle principal para agarrar un taxi y me percaté de algo que erizó todos los pelos de mi piel: había dejado el celular en la mesa de mi departamento: avergonzado, tuve que volver a la casa de mi amigo.

Capítulo 5

Ruido

Odio los lugares ruidosos. También, odio a la gente ruidosa. Tal vez, por eso mismo, me encantan tanto los libros: dicen tanto, sin pronunciar una sola palabra.

Capítulo 6

Desgracia

Tengo una habilidad eficaz, casi connatural, para hacer sufrir a los que más quiero. Es la habilidad más desgraciada y repugnante que pueda poseer el hombre.

Capítulo 7

Disculpa

"Espero y comprendas que no lo hice por maldad ni por herirte. Tampoco lo hice por desalmado e indiferente. Lo hice, en realidad, porque sabía que no podríamos estar juntos. En el fondo, lo hice porque sabía perfectamente que estábamos tan locos que, si hubiésemos tenido algo, hubiésemos terminado detestándonos. Y yo te quería mucho como para terminar así".

Capítulo 8